

Directora de la colección
Silvia Geller

MATET

Cuando el Otro es malo...

Jacques-Alain Miller
y otros

FOTOCOPIAS DIAGONAL
Carpeta *adultos*
Folio N° *204*
D/F *3* S/F *-*

FOTOCOPIADORA
C.E.Psi
CLÍNICA DE ADULTOS
Folio *97* S/F
356 D/F *3*

Directora del Instituto
Clínico de Buenos Aires
Graciela Brodsky

El Instituto Clínico de Buenos Aires es miembro de la Red Internacional del Instituto del Campo Freudiano y tiene su sede en la Escuela de la Orientación Lacaniana.

Instituto Clínico de Buenos Aires / Paidós

1. "Yo era el hombre de un padre"

Jean-Daniel Matet

Desde su juventud hasta su madurez, el Señor R. fue un hombre afable. Se describe como un gran seductor que tuvo numerosas conquistas a las que debió renunciar. Seductor sigue siendo, pero con una sola persona, a la que ve una vez por semana: su psiquiatra, que es su único interlocutor. Pero no se dirige tanto al médico —ya que rechaza sus prescripciones, excepto un somnífero—, como a un referente de quien pudo apreciar las decisiones protectoras contra un delirio cuya intensidad amenazante fluctúa. Nos conocimos hace dieciséis años en el servicio de psiquiatría al que el Señor R., de cuarenta y ocho años, había aceptado concurrir por sus trastornos de sueño, luego de una estancia en un centro médico-psicológico. Desconfiado, reticente, daba a entender que estaba en el centro de un asunto embarazoso del que no quería hablar. Sus actitudes y su comportamiento no plantearán ambigüedad alguna con respecto a la maldad del Otro con el que se confrontaba.

UN DELIRIO PARANOICO

Solo en el curso de la segunda hospitalización, cinco años después de la primera, calibraremos la coherencia de su delirio. En ese momento, consulta para quejarse de ruidos nocturnos provenientes del vecindario que perturban su sueño. Menciona objetos o papeles desplazados en su domicilio; él es el único que constata esas intrusiones. En el hospital, se considera protegido, y entabla relaciones con diferentes pacientes, principalmente mujeres, ante las cuales se muestra seductor. Cierta perplejidad acompaña las ame-

nazas que pesan sobre él, sin que diga mucho más sobre eso. Por otra parte, banaliza sus problemas laborales atribuyéndolos a la situación general del empleo y a sus avatares. Cuatro años antes, luego de un conflicto, había sido despedido de la empresa en la que era agregado comercial. Comenzó a sentir que tenían algo contra él y que organizaban complots en su contra. Eso se le tornó insoportable.

Después de este despido solo trabajó de manera esporádica, ya que, cada vez que encuentra un empleo, nota que alguien lo observa o bien se le cruza constantemente en el camino. Siempre hay alguien para ponerle "palos en las ruedas". Lo acusan de ser "racista" y hasta llegan a insinuar que tendría "una conducta antisemita". Prácticamente ya no sale de su casa, salvo para dirigirse a un pequeño supermercado, a pesar de que siempre hay un vehículo de policía estacionado delante del negocio cuando él llega. En la plaza también se siente espiado, por un hombre que hace *footing* y que tendría un *walkman* en la mano.

El Señor R. vive solo. No le queda ningún amigo, excepto una pareja de personas "judías que reencontró después de años de separación". Se queja de beber un litro y medio de vino por día; pide que se lo ayude para poder dejarlo y para tratar su ansiedad, que atribuye a todas esas personas que tienen algo contra él.

La primera hospitalización, de cuarenta días, aplacó los fenómenos, y el Señor R. recuperó el sueño. Hizo algunos amigos, a quienes frecuentará a la salida. No obstante, no aceptará la oferta de tratamiento ambulatorio. Retoma un trabajo durante seis meses, hasta que a un recrudescimiento del delirio interpretativo siga de nuevo un despido. Poco después, deja el tratamiento que sin embargo lo apaciguaba.

ALUCINACIONES

Cinco años después, la segunda hospitalización es más espectacular. Fue a la comisaría para quejarse de que le habían dado un placebo disfrazado de un medicamento de marca. Muy reivindicativo, habla de manera alusiva. Los médicos le habrían prescrito placebos y también habrían cambiado sus medicamentos en su domici-

lio. Se dio cuenta porque quedaban troquelados en las cajas, cuando él, en cambio, los retira sistemáticamente para enviarlos a la Seguridad Social. Fue a la comisaría para poner fin a ese complot que duraba desde hacía años. Tomó la precaución de dirigirse allí con dos comprimidos de Valium®, como prueba de lo que declaraba. Médicos y farmacéuticos conspiraban para darle placebos en lugar del Valium®. En el servicio de Urgencias del hospital, el encuentro con una médica que, según dice, no habría apreciado los comentarios que hizo sobre sus colegas, habría motivado su internación. Dirá: "Nunca contradigas a un médico, pues corres el riesgo de ser internado".

El Señor R. manifiesta una actividad alucinatoria intensa. Atribuye las voces a antiguos compañeros de trabajo; los autores del complot "lo insultan para quebrarlo". En el teléfono, las voces son deformadas. Un fenómeno de contaminación delirante termina por implicar al conjunto de sus conocidos y amigos, a tal punto que renuncia a cualquier lazo social. Su última novia, debido a las demandas que le dirige, también se vuelve sospechosa de querer jugarle una mala pasada y él le planteará una ruptura. El personal del hospital, con la condición de no ser indiscreto ni demasiado apremiante, está relativamente preservado de la contaminación delirante. Después de su primera hospitalización, mantuvo una relación de amistad con dos pacientes; aceptaba sus invitaciones cuando ellas atravesaban periodos de hipomanía que lo divertían mucho. Pero un día, una de ellas le hizo una pregunta que él consideró indiscreta: de repente la borró de sus interlocutores. La segunda correrá la misma suerte algunos meses más tarde.

A veces alude a esos "imbéciles" que se creen superiores por pensar que él no los escucha. Está convencido de que la abstención social es el mejor remedio que existe contra el complot del que es víctima.

La entrevista clínica que tendrá lugar en el marco de las presentaciones de enfermos será extremadamente ardua. Solo responde de manera elíptica a las preguntas que se le plantean y no acepta desplegar su pensamiento. Esta entrevista constituirá uno de los elementos del rompecabezas que luego será posible reconstruir en las entrevistas regulares que sucederán a esta hospitalización, y que desde hace once años tienen lugar cada semana.

Su reticencia en aquel momento parece masiva. Respondiendo con precaución a las preguntas de su interlocutor, tiene mucho cuidado en no decir demasiado. Quiere denunciar a sus agresores, pero hacerlo lo expone inmediatamente a sus ataques reiterados, por ser tan transparente su vida para ellos. Los perseguidores se introducen en su casa por la puerta —debió cambiar la cerradura varias veces porque habían aparecido cosas fuera de lugar—, y también por el teléfono —donde reconoce las voces transformadas que se hacen pasar por uno o una de sus amigos o amantes—. Termina entonces por desenchufarlo en forma permanente, volviéndose ilocalizable.

La mirada también está en juego: en varias oportunidades se cruzó en la calle con figuras siniestras cuya mirada se dirige a él, y él lo sabe. La actitud de sus vecinos y el desplazamiento de sus objetos son signo de este odio que le tienen y del acoso que se organiza respecto de él.

EL DESENCADENAMIENTO DE UN MOMENTO FECUNDO

He aquí cómo podemos reconstituir el drama que tuvo lugar. El Señor R. trabajaba desde hacía quince años en una empresa de planificación arquitectónica donde vendía proyectos a las comunas. Sin tener formación comercial específica, era —según sus dichos— un vendedor decidido y convincente, a tal punto que ocupaba en la empresa un lugar donde era apreciado, especialmente por su jefe, quien le confiaba misiones delicadas. La muerte de este personaje dará las riendas al hijo, que también trabajaba en la empresa. El hijo, diplomado, es criticado por el paciente: las reorganizaciones que propone rompen con el estilo pragmático del padre, que, según él, obtenía resultados extraordinarios. Él era “el hombre del padre”, y así se encuentra rechazado de ese lugar por este rival cuya capacidad él cuestiona. Se multiplican entonces los signos de un complot que apunta a comprometerlo en negocios turbios, donde se mezclan sobornos y prácticas mafiosas. Según él, hablan por celos y por esto mismo quieren dañarlo. En lo sucesivo, todos sus actos, todos sus pensamientos son invadidos por este enemigo insidioso que destila el veneno del complot y hace fracasar todas

sus tentativas de superar la crisis. A partir de ahí, todo ser humano puede estar implicado en el complot; una mirada, una actitud, todo puede volverse signo, y obliga al Señor R. a una extrema circunspección en materia de manifestaciones sociales.

Cuando finaliza la tercera hospitalización, y el delirio reduce su intensidad, aparecen ideas depresivas: él estaría dispuesto a morir aunque no quiera dejarles vía libre. Este episodio evoca el momento depresivo que atravesó después de una ruptura sentimental cuando tenía veintitrés años. En aquel entonces había emprendido la redacción de una novela; esta solución, *patch* sobre un agujero en la trama de su existencia, podría indicar la presencia de un fenómeno elemental.

ELEMENTOS BIOGRÁFICOS

Nació al final de la Segunda Guerra Mundial, es hijo de un padre militar que muere en un bombardeo tres meses antes de su nacimiento. Su madre hizo una carrera administrativa que permitió a su familia beneficiarse de una vivienda donde ella trabajaba. Sus dos hermanos, cuatro y cinco años mayores que él, fueron criados por los abuelos maternos; ingresaron en la administración pública, y el Señor R. no los ve más desde la muerte de la madre, ocurrida hace algunos años. El paciente se enorgullece de haber pasado su infancia junto a su madre y a su padrastro, jefe de una pequeña empresa, y de quien habla con ternura y admiración.

La autoridad que ejercía su madre lo llevó a ingresar, a los dieciséis años, en una formación de técnico de la aviación militar. Esta orientación no correspondía a sus deseos y conserva de ello un fuerte resentimiento. Nunca ejercerá el oficio para el que fue formado; desde el fin de este período de enrolamiento, a los veinte años, se incorporará a la empresa del padrastro, quien lo forma para una actividad comercial. Permanecerá allí cinco años, para luego trabajar, durante tres años, en un servicio de inserción laboral; después se instala durante quince años en las funciones comerciales que concluirán con su primer despido.

El Señor R. habla de su historia con reticencia. Por lo general, le dirige una mirada peyorativa que se articula en torno a la ideal-

zación inmerecida de la que fue objeto la figura de su progenitor. Resulta de esto una degradación definitiva de cualquier valor familiar: considera que todos los miembros de su familia son imbéciles, y que su madre no es más que un tirano. Solamente dos "padres" fortuitos, con rasgos de jefe de empresa, le cayeron bien: el padrastro y el ejecutivo protector.

Después de la presentación, en un efecto de *après-coup*, el Señor R. quiere hablar de lo que no pudo decir. Poco tiempo antes había pedido consultar la libreta militar de su padre, fallecido tres meses antes de su nacimiento. Se dio cuenta entonces de que había un desajuste entre los dichos de sus allegados y la realidad. Su padre era gendarme, subteniente, y habría obtenido condecoraciones. Su madre lo habría presentado como un héroe, adornando la realidad, mientras que el paciente tiene presente que era gendarme bajo el gobierno de Vichy. La sepultura de su padre se encuentra en Normandía, donde murió durante los bombardeos de 1944. El paciente manifiesta mucha emoción al evocar estos recuerdos.

Esta confidencia inaugura una relación de confianza, con la condición de que yo no desborde los límites de la curiosidad clínica, que me señaló con algunas advertencias. Habla de sus negocios, de sus ahorros, de sus ganancias en la Bolsa. Se describe como un "desempleado de lujo" y, teniendo en cuenta su actual imposibilidad de trabajar, no parece desechar la posibilidad de una pensión por invalidez. Relata con delectación que las conquistas femeninas ocuparon un gran lugar en su vida. No carente de cierta elegancia, atenuada por una dejadez que atribuye a la desaparición de la exigencia de prestancia profesional, este hombre solitario se describe como un Don Juan. Le gustaba particularmente pasar sus vacaciones en las Antillas, donde estuvo varias temporadas. Esta descripción acentúa el contraste entre una existencia actual, centrada en un perímetro que desde su despido no supera el kilómetro alrededor de su residencia, y esa vida pasada, movida, de soltero decidido. Nunca quiso ceder al llamado de aquellas que querían convertirlo en jefe de familia, aunque algunas relaciones

1. Beneficiario del RMI [*Revenu Minimum d'Insertion*]: subsidio que se otorga en Francia a las personas que no tienen ingresos. [N. de la T.]

hayan tenido un carácter más duradero que los efímeros encuentros que eran lo habitual.

La segunda hospitalización permitirá que se declare su incapacidad laboral, que sin embargo aceptó con reticencia. Se ve de hecho obligado a admitir un estatus de pensionado que anteriormente criticaba con mucha severidad. Al obtener su jubilación, diez años más tarde, manifestará tener nuevamente una situación social aceptable, que ya no lo estigmatiza y le permite recobrar un estatus social común. El Señor R. siempre manejó con habilidad sus negocios, ahorrar en los periodos de grandes ingresos le permitió vivir sin dificultad durante los periodos de vacas flacas. En el momento de su jubilación, sus ahorros le permitirán completar su colección de objetos heteróclitos.

Por lo tanto, el Señor R. trabajó de manera estable durante unos veinte años, hasta el desencadenamiento del delirio que condujo a su despido. Luego, durante cinco años tuvo empleos inestables, sobre todo con contratos temporarios.

UN SOLO LIBRO ESCRITO EN DOS TIEMPOS

Siendo una respuesta terapéutica a un momento de vacilación subjetiva, el arranque literario inaugurado a los veintitrés años permanecerá en suspenso durante treinta años.

Confrontado con el agotamiento aparente del delirio y el empobrecimiento de sus relaciones sociales, acordé importancia a las ventajas que tendría reanudar esta práctica de lo simbólico, aun con el riesgo de reforzar la serie de temas ligados a la terminación.

El proyecto del Señor R. tenía el aspecto de una empresa literaria. Se trataba para él de alcanzar el estilo del *nonsense*, de la novela negra, diluyendo la realidad en un esfuerzo estilístico donde se pierden las referencias habituales y familiares. Un verdadero tratamiento de lo imaginario mediante lo simbólico. Su título: "Las penas hacen llorar" [*Les regrets font pleurer*]. Su lectura resulta difícil por la voluntad deliberada del autor, quien mezcla las referencias tiempo-espaciales, como así también las fronteras entre el mundo animal y el mundo humano. En la introducción, el narrador se desplaza en un coche fúnebre en medio de un paisaje

aéreo y acuático donde se cruza con truchas y pájaros habladores, especialmente los paseriformes. El sentido común se encuentra desconcertado sin que la lengua esté alterada. No se trata de una esquizografía sino de una literatura que querría acercarse a la de los partidarios de la apagogía, que pretenden hacer triunfar una literatura del absurdo.

Retomando la obra donde la había dejado, la termina con la esperanza de hacerla publicar, pero luego abandona los trámites exigidos para lograrlo. Me hace destinatario de la reanudación de este proyecto, dando a nuestros encuentros, con frecuencia limitados a un breve aspecto de su situación, un carácter ineludible. Excepto los diálogos de circunstancias con la cajera de la despensa que frecuenta, dice que me convertí en su único interlocutor y en su única necesidad de salida semanal. La culminación de la novela pone fin a la queja depresiva y abrirá la puerta a una nueva forma de suplencia y de tratamiento del Otro malvado.

EL COLECCIONISTA

La novela inacabada dejó al Señor R. un gusto por el objeto "libro antiguo". Antes de su reclusión, buscaba en librerías de viejo ofertas de libros que él restauraba. Hablaba con orgullo de su actividad de restaurador aficionado y de una colección de libros antiguos cuyos títulos le gustaba enumerar. Solamente lo "bello" orientaba su elección: el carácter heteróclito de su colección —que iba desde libros religiosos a las ediciones más raras de Voltaire— se esfumaba detrás de este conjunto que constituía su orgullo.

Sus intentos de compartir con otros su saber hacer fallaron, y a partir de ahí orientará su búsqueda hacia objetos diversos que le eviten el trabajo de restauración, demasiado esforzado para él. La búsqueda de pequeños muebles dará paso a la de estatuillas diversas, bibelots, jarrones, platos antiguos y finalmente fósiles —cristales de roca, trozos de pizarra con marcas fosilizadas como las de un helecho—. Pueden pasar varias semanas hasta que organiza un desplazamiento hacia tal o cual tienda, ya que esto a veces implica hacer frente a barrios parisinos temidos.

La descripción de su colección, distribuida en su monoam-

biente de 30 m², no carece de ridiculez, sobre todo cuando me explica que permanece largo rato en cierto ángulo de perspectiva desde donde se abarca el conjunto de sus adquisiciones, para gozar de la belleza del espectáculo. La metonimia literaria fue sustituida por una metonimia de la adquisición de nuevas piezas. Las contabiliza y, a mi pedido, lleva su registro. "Ciento noventa y ocho", me anuncia. "Aun falta tal o cual pieza, pero ya no tengo más lugar". No se plantea en absoluto desprenderse de ninguna de ellas.

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA EXCEPCIÓN

Por medio de una transferencia que polariza y protege su lazo al Otro, la construcción de un sujeto que constituye una excepción al género humano permite al Señor R. acceder a una renuncia relativa, y estar preservado de la amenaza. A costa de una amputación de su vida social, el Señor R. logró encontrar una solución que lo preserva de las amenazas más flagrantes de su delirio. Aunque sin renunciar a este, da pruebas de este modo de que se aferra a su delirio más que a sí mismo, para retomar esta expresión freudiana.

Restauró la belleza de su mundo para poder enfrentar la malicia de los humanos. Sus esfuerzos para sostener una imagen del cuerpo pasaron por el alcohol, luego por la higiene de vida que lo reemplazó. El Señor R. buscó hacer existir una posición de excepción, no sometida a la ley de la castración; al mismo tiempo, esta situación insostenible lo condujo a encontrar el camino de su inserción en el mundo de los humanos —"Soy un jubilado como los otros"— y lo hace cultivando la abolición del sentido común en una relación con un otro que no llega a contradecir esta excepción. Él nunca se hubiera dirigido a un psicoanalista, pero haber encontrado un practicante que tiene esa orientación le permitió sostener esta paradoja.